

En el plano pedagógico, este conocimiento invita a repensar la práctica docente. La educación deja de ser solo transmisión de contenidos y se convierte en acompañamiento integral de seres humanos con cerebros y corazones en desarrollo. El profesor que integra la neurociencia como referencia se pregunta constantemente: ¿esta forma de evaluar genera aprendizaje o solo miedo? ¿Esta dinámica fortalece la autoestima y la colaboración o incrementa la competencia tóxica? ¿Estoy considerando cómo se sienten mis estudiantes, o solo lo que deben memorizar?

Por supuesto, no se trata de convertir al profesor en neurólogo. Basta con una comprensión básica, rigurosa y responsable, que le permita tomar decisiones pedagógicas más conscientes. Los futuros docentes necesitan este conocimiento porque la escuela del siglo XXI exige educadores capaces de dialogar con la ciencia, la psicología y la realidad emocional de los jóvenes. Así, la enseñanza deja de ser mecánica y se convierte en un proceso vivo, donde cada clase puede contribuir no solo a formar cerebros que recuerdan, sino personas que se entienden a sí mismas y a los demás.

En síntesis, conocer los neurotransmisores ayuda a los futuros profesores a comprender que todo aprendizaje está atravesado por emociones, motivación, relaciones y contextos biológicos concretos. Saber un poco más sobre dopamina, serotonina, glutamato, acetilcolina, adrenalina, endorfinas, GABA y oxitocina es, en realidad, saber más sobre lo que somos. Y cuanto mejor se comprenda la naturaleza humana, más sentido y humanidad tendrá la tarea de enseñar.